



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA ES PROPIEDAD
U. A. N. I.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

7.287.—Tipolit. L. Faure, Alonso Cano, 15 y 17.—Madrid.

EMILIO

Continuación del libro cuarto.—Profesión de fe
del presbitero saboyano.

«Hijo mío, no esperéis de mí profundos discursos ni razonamientos científicos. No soy un gran filósofo ni me curo mucho de serlo, pero tengo alguna vez sana razón y siempre amé la verdad. No quiero argumentar con vos ni menos probar a convenceros; bástame manifestaros lo que pienso con la sencillez de mi corazón. Consultad el vuestro durante mi relato; es todo cuanto os ruego. Si me engaño, no es con malicia; basta esto para que no me sea imputado mi error a delito, y, aunque del mismo modo os engañaseis vos, poco perjuicio resultaría. Si pienso bien, común es de ambos la razón y tenemos el mismo interés en escucharla; ¿por qué no habéis de pensar como yo?»

«Nací pobre aldeano, destinado por mi condición a labrar la tierra; pero creyeron mejor que aprendiese a ganar el pan con el oficio de sacerdote y hallaron medio para que pudiese estudiar. Verdaderamente, ni mis padres ni yo pensábamos en indagar lo que era bueno, verdadero y útil, sino lo que era menester saber para recibir las órdenes. Aprendí lo que querían que aprendiese, dije lo que querían que dijese, me

obligué como quisieron, y fuí ordenado de sacerdote; mas pronto experimenté que cuando me obligué a no ser hombre prometí más de lo que podía cumplir.

«Nos dicen que la conciencia es obra de las preocupaciones; no obstante, por experiencia propia sé que, contra todas las leyes humanas, se obstina en seguir el orden de la Naturaleza. En vano nos prohíben esto o aquello; nunca el remordimiento nos acusa con energía de lo que nos permite la Naturaleza bien ordenada, y con más razón de lo que nos prescribe. Oh, joven, todavía no se ha explicado a vuestros sentidos; vivid dilatado tiempo en el venturoso estado en que su voz es la de la inocencia; acordáos que más la ofende quien se le adelanta que quien se le opone; menester es aprender primero a resistir para saber cuándo es posible ceder sin culpa.

»Desde mi mocedad he respetado en el matrimonio la primera y más sacrosanta institución de la Naturaleza. Habiéndome privado del derecho de sujetarme a él, me resolví a no profanarle, porque, no obstante mis aulas y mis estudios, siempre había vivido una vida sencilla y uniforme y había conservado en mi espíritu toda la claridad de las primitivas luces, que no habían obscurecido las máximas del mundo, desviado por mi pobreza de las tentaciones que producen los sofismas del vicio.

»Esta determinación fue justamente lo que causó mi pérdida: mi respeto del tálamo ajeno puso mis culpas patentes; fue necesario expiar el escándalo: arrestado, suspenso, expulso, fuí víctima más de mis escrúpulos que de mi incontinencia, y por las reprensiones que acompañaron a mi desgracia, quedé convencido de que basta muchas veces con agravar la culpa para evitar el castigo.

»Con pocas experiencias semejantes anda mucho

camino un espíritu reflexivo. Al ver trastornadas con tristes observaciones las ideas que tenía de la justicia, de la honestidad y de todas las obligaciones humanas, cada día perdía alguna de las opiniones en que me habían criado, y no bastando las que me quedaban para formar un cuerpo que se pudiese sustentar por sí propio, sentí que poco a poco se obscurecía en mi entendimiento la evidencia de los principios, hasta que, finalmente reducido a no saber qué pensar, llegué al mismo caso en que vos os halláis, con la diferencia de que mi incredulidad, fruto tardío de edad más madura y más lentamente formada, debía ser mucho más dificultosa de desarraigar.

»Hallábame en aquella disposición de incertidumbre y duda que exige Descartes para la investigación de la verdad: estado de poca duración, lleno de inquietud y zozobra, y en que sólo nos deja el interés del vicio o la pereza del ánimo. No tenía tan estragado el corazón que hallase complacencia en él; porque nada conserva más el hábito de reflexionar que el vivir más satisfecho consigo que con su fortuna.

»Meditaba, por tanto, acerca de la triste suerte de los mortales, fluctuando en este mar de humanas opiniones, sin timón, sin brújula y abandonados a sus tempestuosas pasiones, sin más guía que un piloto inexperto que no conoce el camino y no sabe de dónde viene ni a dónde va. Decía dentro de mí: Amo la verdad, la busco y no puedo conocerla; muéstramela y me abrazo estrechamente con ella: ¿por qué se ha de esconder al anhelo de un corazón que fue formado para adorarla?

»Aunque muchas veces he sufrido males más graves, nunca pasé una vida tan constantemente ingrata como en estos tiempos de disturbios y congoja, pues vagando sin cesar de una en otra duda, sólo sacaba

de mis dilatadas meditaciones incertidumbre, contradicciones y obscuridad acerca de la causa de mi sér y de la regla de mis obligaciones.

»¿Cómo es posible ser escéptico por sistema y de buena fe? No puedo comprenderlo. O no existen estos filósofos o son los más desventurados de los mortales. Además, para el espíritu es violento el estado de duda acerca de las cosas que nos importa conocer: no persevera en él mucho tiempo; de un modo o de otro se resuelve mal de su grado, y más quiere engañarse que dejar creer alguna cosa.

»Aumentaba mi confusión el haber nacido en una iglesia que de todo falla, que no permite duda ninguna; un punto que desechase me obligaba a desechar todo lo demás, y la imposibilidad de admitir tantas decisiones absurdas hacía que me repugnasen hasta las que no lo eran. Diciéndome: «Creélo todo», me impedían que creyera nada, y no sabía dónde detenerme.

»Consulté a los filósofos, registré sus libros, examiné sus varias opiniones; todos los encontré arrogantes, afirmativos, dogmáticos, hasta en su pretendido escepticismo; que nada ignoraban, nada probaban y se burlaban unos de otros, y este punto común de todos me pareció el único en que tuviesen razón. Triunfantes cuando acometen, son débiles cuando se defienden. Si pesáis las razones, sólo para destruir las tienen; si contáis los votos, cada uno está reducido al suyo; sólo en disputar están acordes: escucharlos no era modo de salir de mi incertidumbre.

»Comprendí que la primera causa de esta portentosa diversidad de pareceres es la insuficiencia del espíritu humano, y la segunda su soberbia. No tenemos la medida de esta máquina inmensa, no podemos calcular sus relaciones; no conocemos ni sus primeras leyes ni su causa final; nos ignoramos a nosotros mis-

mos; no conocemos ni nuestra naturaleza ni nuestro principio activo; apenas sabemos si el hombre es un sér simple o compuesto; por todas partes nos cercan impenetrables misterios, superiores a la región sensible; creemos tener inteligencia para penetrarlos y sólo tenemos imaginación. Por medio de este mundo imaginario, cada uno se abre una senda que cree es la buena, mas ninguno puede saber si la suya conduce al término deseado. No obstante, queremos penetrarlo y conocerlo todo: la única cosa que no sabemos es ignorar lo que no nos fue dado saber. Más queremos determinarnos a la aventura y creer lo que no existe, que confesar que ninguno de nosotros puede ver lo existente. Pequeñas partes de un gran todo, cuyos linderos se nos esconden, y que su autor abandona a nuestras locas disputas, tan vanos somos que pretendemos fallar lo que este todo es en sí, y lo que con relación a él somos nosotros.

»Aun concediendo estuviesen los filósofos en estado de descubrir la verdad, ¿quién de ellos se interesaría por ella? Bien sabe cada cual que su sistema no tiene más fundamento que el de los demás; pero le sustenta porque es suyo. Ni uno solo hay que, si llegase a conocer lo verdadero y lo falso, no prefiriese la mentira que ha encontrado a la verdad descubierta por otro. ¿Dónde está el filósofo que por su gloria no engañara a sabiendas al linaje humano? ¿Dónde el que en lo íntimo de su corazón se propone otro objeto que distinguirse? Con tal que se coloque en superior esfera de la vulgar, con tal que eclipse el brillo de sus émulos, ¿qué más pide? Lo esencial es pensar de otro modo que los demás. Con los creyentes es ateo; con los ateos sería creyente.

»El primer fruto que saqué de estas reflexiones, fue aprender a ceñir mis investigaciones a lo que inme-

diatamente me interesaba; a vivir sosegado en una profunda ignorancia de todo lo demás y a no tomar inquietud por la duda, sino de las cosas que me importaba saber.

»También comprendí que, lejos de sacarme de mis inútiles dudas, no harían los filósofos otra cosa que multiplicar las que me acongojaban, sin resolver ninguna. Tomé por tanto otro guía, y dije entre mí: Consultemos la luz interior, que me descarriará menos de lo que me descarrián éstos, o, a lo menos, será mi error el mío, y menos me depravaré siguiendo mis propias ilusiones que abandonándome a sus mentiras.

»Repasando entonces en mi espíritu las varias opiniones que desde que nací me había formado, vi que aunque ninguna de ellas fuese tan evidente que al punto determinase el convencimiento, tenían diferentes grados de verosimilitud, y el asenso interior las admitía o las repugnaba con distinta medida. Conforme a esta primera observación, comparando entre sí todas estas distintas ideas en el silencio de las preocupaciones, hallé que la primera y la más común también era la más sencilla y la más racional, y que para reunir todos los votos no le faltaba más que ser la última que hubiese sido propuesta. Imaginaos todos vuestros filósofos antiguos y modernos, que primero han apurado sus estafalarios sistemas de fuerzas, de acasos, de fatalidad, de necesidad, de átomos, de mundo animado, de materia viviente, de toda especie de materialismo, y después de todos ellos el ilustre Clarke (1) iluminando el mundo, anuncian-

(1) Samuel Clarke (1675-1729) fue en su época el representante del buen sentido o, mejor dicho, del sentido medio en filosofía y religión. Fue un teólogo racionalista, pero de un racionalismo sabio y prudente.—R. U.

do finalmente al Sér de los seres y al dispensador de las cosas; ¡con cuán universal admiración, con qué unánimes aplausos hubiera sido recibido este nuevo sistema tan vasto, tan consolador, tan sublime, tan a propósito para enaltecer el ánimo, para cimentar en una base la virtud, y a un tiempo mismo tan pasmoso, tan luminoso, tan sencillo, y que a mi parecer presenta menos cosas incomprensibles al espíritu humano que absurdos se hallan en cualquiera otro! Decía entre mí: Comunes son todas las objeciones que no tienen solución, porque es muy limitado el espíritu humano para resolverlas; así nada prueban contra ninguno en particular: pero ¡qué diferencia en las pruebas directas! ¿No debe preferirse el único que todo lo explica, cuando no sufre más dificultad que los demás?

»Teniendo por única filosofía el amor de la verdad, y por único método una regla fácil y llana que me dispensa de la vana sutileza de los argumentos, por esta regla vuelvo al examen de los conocimientos que me interesan, resuelto a admitir como evidentes todos aquéllos a que en la sinceridad de mi corazón no pueda negar asenso, como verdaderos todos los que me parezca que necesariamente tienen conexión con estos primeros, y a dejar todos los demás en la incertidumbre, sin desecharlos ni admitirlos, y sin afanarme en aclararlos cuando a ninguna cosa útil pueden conducir en la práctica.

»Pero ¿quién soy yo? ¿qué derecho tengo para juzgar las cosas y qué determina mis juicios? Si éstos son arrastrados, forzados por las impresiones que recibo, en balde me fatigo en estas investigaciones; que o no se harán, o se harán por sí solas, sin que me meta yo a dirigir las. Por tanto, es preciso poner primero mi contemplación en mí mismo, para conocer el ins-

trumento de que me quiero servir y hasta qué punto puedo fiarme de su uso.

»Existo, y tengo sentidos por los cuales soy conmovido. Esta es la primera verdad que me hace impresión y a la que me veo precisado a dar asenso. ¿Tengo un sentir peculiar de mi existencia, o la siento por sólo mis sensaciones? Esta es mi primera duda, que por ahora no me es dado resolver, porque como sin cesar me mueven sensaciones, o inmediatamente o por la memoria, ¿cómo he de poder saber si el sentir del *yo* es una cosa fuera de estas mismas sensaciones y si puedo ser independiente de ellas?

»Dentro de mí suceden mis sensaciones, puesto que me hacen sentir mi existencia, pero su causa es ajena de mí, puesto que me mueven sin mi voluntad, y que de mí no pende producirlas ni aniquilarlas. Así concibo con claridad que no son una misma cosa mi sensación, que está en mí, y su causa o su objeto, que está fuera de mí.

»Así que no solo existo yo, sino que existen otros seres, es decir, los objetos de mis sensaciones, y aun cuando estos objetos fuesen meras ideas, siempre es cierto que yo no soy estas ideas.

»Todo cuanto siento fuera de mí y obra en mis sentidos, lo llamo materia, y todas las porciones de materia que concibo reunidas en seres individuales, las llamo cuerpos. De esta suerte, nada significan para mí todas las disputas de los idealistas y los materialistas, y son fantásticas sus distinciones sobre la apariencia y la realidad de los cuerpos.

»Ya estoy tan cierto de la existencia del Universo como de la mía. Reflexiono luego sobre los objetos de mis sensaciones, y encontrando en mí la facultad de compararlas, me siento dotado de una fuerza activa que antes ignoraba poseer.

»Percibir es sentir, comparar es juzgar; juzgar y sentir no son una misma cosa. En la sensación, se me presentan los objetos separados, aislados, como están en la Naturaleza; por la comparación los muevo, los trasplanto, por decirlo así, los pongo uno encima de otro para fallar de su diferencia o de su semejanza y, en general, de todas sus relaciones. A mi entender, la facultad distintiva del sér activo o inteligente consiste en poder dar un significado a la palabra *es*. En vano busco en el sér meramente sensitivo aquella fuerza inteligente que sobrepone y que luego falla; no puedo descubrirla en su naturaleza. Este sér pasivo sentirá separadamente cada objeto; también sentirá el objeto total formado de ambos; pero, como no tiene fuerza ninguna para colocarlos uno encima de otro, nunca los comparará ni los juzgará.

»Ver dos objetos a la par, no es ver sus relaciones ni juzgar de sus diferencias; percibir muchos objetos unos fuera de otros, no es numerarlos. En un mismo instante puedo tener idea de un palo grande y de un palo chico sin compararlos, sin juzgar que uno es más chico que otro, como puedo ver de una vez mi mano entera sin contar mis dedos (2). Estas ideas comparativas, *más grande, más chico*, lo mismo que las ideas numéricas de *uno, de dos*, etc., ciertamente no son sensaciones, aunque sólo con ocasión de las sensaciones las produzca mi espíritu.

»Nos dicen que el sér sensitivo distingue unas sensaciones de otras por las diferencias que entre sí tie-

(2) Las relaciones de M. de la Condamine nos hablan de un pueblo que no sabía contar más que hasta tres; no obstante, los hombres que formaban este pueblo tenían manos, y habrían mirado muchas veces sus dedos, sin saber contar hasta cinco.

nen estas mismas sensaciones: esto necesita explicación. Cuando son diferentes las sensaciones, las distingue el sér sensitivo por sus diferencias; cuando son semejantes, las distingue porque las siente unas fuera de otras. Si no, ¿cómo había de distinguir en una sensación simultánea dos objetos iguales? Precisamente sería necesario que confundiese estos dos objetos y los creyese uno mismo, especialmente en un sistema que pretende no son extensas las ideas representativas de la extensión.

»Cuando se han percibido las dos sensaciones que se han de comparar, ya está hecha su impresión; cada objeto está sentido así, pero no su relación. Si el juicio de esta relación fuese una mera sensación, y si únicamente me viniese del objeto, nunca me engañarían mis juicios, puesto que nunca es falso que sienta lo que siento.

»Pues ¿por qué me engaño yo acerca de las relaciones de estos dos palos, sobre todo si no están paralelos? ¿Por qué digo, por ejemplo, que el palo chico es la tercera parte del grande, cuando no es más que la cuarta? ¿Por qué no es conforme la imagen, que es la sensación, con su modelo, que es el objeto? Porque soy activo cuando juzgo, porque la operación que compara es defectuosa, y porque mi entendimiento, que juzga las relaciones, mezcla sus errores con la verdad de las sensaciones que sólo los objetos muestran.

»Añádase a esto una reflexión que admirará si se piensa bien en ella, y es que, si fuéramos meramente pasivos en el uso de nuestros sentidos, no habría entre ellos comunicación ninguna, ni nos sería posible conocer que el cuerpo que tocamos y el objeto que vemos fuesen uno mismo. O nunca sentiríamos nada fuera de nosotros, o habría para nosotros cinco subs-

tancias sensibles, cuya identidad no tendríamos medio alguno de conocer.

»Demos tal o cual nombre a aquella fuerza de mi espíritu que apróxima y compara mis sensaciones; llamémosla atención, meditación, reflexión o como queramos; siempre es cierto que está en mí y no en las cosas, que yo solo soy quien la produzco, aunque sólo sea con motivo de la impresión que en mí hacen los objetos. Sin ser árbitro de sentir o no sentir, lo soy de examinar más o menos lo que siento.

»Luego no soy un sér meramente sensitivo y pasivo, sino un sér inteligente y activo y, diga lo que quiera la filosofía, me atreveré a pretender la honra de pensar. Sólo sé que la verdad está en las cosas y no en mi espíritu que las juzga, y que, cuanto menos mío pongo en los juicios que hago, más cierto estoy de acercarme a la verdad: de manera que mi regla de abandonarme más al sentimiento que a la razón la confirma la razón misma.

»Habiéndome asegurado, por decirlo así, de mí propio, empiezo a mirar fuera de mí, y no sin estremecerme me contemplo arrojado, perdido en este vasto universo y como anegado en la inmensidad de los seres, sin saber nada de lo que son, ni absolutamente, ni entre sí, ni con respecto a mí. Los estudio, los observo, y el primer objeto que se me presenta para compararlos soy yo mismo.

»Todo cuanto percibo por los sentidos es materia, y deduzco todas las propiedades esenciales de la materia de las cualidades sensibles que me la hacen conocer y que son inseparables de ella. Véola unas veces en movimiento, y otras en quietud (3); de donde

(3) Este reposo será, si se quiere, solamente relativo; pero una vez que observamos más y menos movimiento,

colijo que no le son esenciales ni la quietud ni el movimiento; pero que, siendo el movimiento una acción, es efecto de una causa cuya ausencia es la quietud. Así cuando nada obra en la materia, no se mueve, y, por lo mismo que es indiferente para la quietud y para el movimiento, su estado natural es permanecer en quietud.

En los cuerpos percibo dos especies de movimiento; movimiento comunicado y movimiento espontáneo. En el primero, la causa motriz es ajena del cuerpo movido, y en el segundo la causa está en el mismo cuerpo. No deduciré por esto que el movimiento de un reloj de bolsillo, por ejemplo, sea espontáneo, porque si no obrase en él ninguna cosa ajena del muelle, no haría esfuerzo por enderezarse, ni tiraría la cuerda. Por la misma razón, tampoco concederé la espontaneidad a los flúidos, ni aun al fuego que constituye su fluidez (4).

»Me preguntaréis si son espontáneos los movimientos de los animales, y os diré que no lo sé, pero que la analogía induce a afirmarlo así. También me preguntaréis cómo sé yo que hay movimientos espontáneos, y os diré que lo sé porque lo siento. Quiero mover mi brazo y le muevo, sin que tenga este movimiento otra

concebimos con mucha claridad uno de los últimos términos, que es quietud, y tan bien la concebimos, que estamos propensos a reputar absoluta la quietud que sólo es relativa. Luego no es verdad que el movimiento sea esencial a la materia, si puede concebirse esta inquietud.

(4) Consideran los químicos el flogisto o el elemento del fuego, inmóvil y estancado en los mixtos de que forma parte, hasta que por la acción de causas extrañas se desprende, se reúne, se pone en movimiento y se convierte en fuego.

causa inmediata que mi voluntad. En balde fuera procurar destruir con argumentos esta íntima conciencia mía, que es más fuerte que toda evidencia; tanto valdría querer probarme que no existo.

»Si no hubiese espontaneidad ninguna en las acciones de los hombres, ni en nada de cuanto en la tierra se hace, todavía nos hallaríamos más apurados para imaginar la causa primera de todo movimiento. Yo por mí, de tal manera me siento persuadido de que el estado natural de la materia es permanecer en quietud, y de que por sí misma no tiene fuerza ninguna para obrar, que al punto que veo un cuerpo que se mueve juzgo, o que es un cuerpo animado, o que le ha sido comunicado el movimiento, y mi espíritu rehusa conceder que una materia no organizada se mueva por sí misma o produzca alguna acción.

»Sin embargo, este Universo visible es materia desparramada y muerta (5), que nada tiene en su todo de cuanto constituye la unión, la organización y el sentimiento común de las partes de un cuerpo animado, puesto que nosotros, que somos partes, de ninguna manera nos sentimos en el todo. Este mismo Universo está en movimiento, y en sus movimientos regulares, uniformes, sujetos a leyes constantes, nada tiene de aquella libertad que se ve en los espontáneos del hombre y los animales. Luego no es el mundo un vasto animal que por sí propio se mueva, y tienen sus movimientos una causa ajena de él, que yo

(5) He hecho los mayores esfuerzos para concebir una molécula viviente, sin poderlo conseguir. Parece ininteligible y contradictoria la idea de la materia que siente sin tener sentido. Para aceptar o no esta idea, sería necesario comprenderla primero, y yo confieso que no tengo esa suerte.

no percibo; mas la persuasión interna de tal manera me hace sensible esta causa, que no puedo ver moverse el sol sin imaginarme una fuerza que le empuja, o, si gira la tierra, creo ver una mano que la hace girar.

»Si es necesario admitir leyes generales cuyas relaciones esenciales con la materia no percibo, ¿qué habré adelantado? Estas leyes no son seres reales o substancias, luego tienen algún otro fundamento que no conozco. La experiencia y la observación nos han dado a conocer las leyes del movimiento; estas leyes determinan los efectos sin manifestar las causas, y no bastan para explicar el sistema del mundo y los fenómenos celestes. Descartes formaba con cubos el cielo y la tierra; pero ni pudo dar el primer impulso a estos cubos, ni poner en acción su fuerza centrífuga, sin valerse del movimiento de rotación. Newton ha encontrado la ley de la atracción; pero la atracción sola en breve reduciría el Universo a una masa inmóvil, y ha sido necesario juntar con esta ley una fuerza proyectil para hacer que los cuerpos celestes describan curvas. Díganos Descartes qué ley física ha hecho dar vueltas a sus torbellinos; muéstranos Newton la diestra que ha lanzado a los planetas por la tangente de sus órbitas.

»Las primeras causas del movimiento no existen en la materia; ésta recibe el movimiento y le comunica, mas no le produce. Cuanto más observo la acción de las fuerzas de la Naturaleza, que obran unas en otras, más me convengo que de efecto en efecto siempre vendremos a parar a una voluntad por causa primera; porque, suponer un progreso infinito de causas, es no suponer ninguna. En una palabra, todo movimiento que no es producido por otro, sólo puede proceder de un acto espontáneo y voluntario; los cuerpos in-

animados no obran más que por el movimiento, y sin voluntad no hay acción verdadera. Este es mi primer principio. Creo que una voluntad mueve el Universo — y anima la materia: este es mi primer dogma o mi primer artículo de fe.

»¿Cómo una voluntad produce una acción física y corporal? No lo sé, pero en mi experimento que la produce. Quiero obrar, y obro; quiero mover mi cuerpo, y le muevo; pero es cosa incomprendible y de que no hay ejemplo, que un cuerpo animado y en quietud se llegue a mover por sí mismo, o produzca el movimiento. Por sus actos y no por su Naturaleza, me es notoria la voluntad: conozco a ésta como causa motriz; pero concebir la materia produciendo el movimiento, es concebir un efecto sin causa, es no concebir absolutamente nada.

»Tan imposible es concebir cómo mi voluntad mueve mi cuerpo, cuanto lo es cómo mis sensaciones se imprimen en mi alma, y no atino por qué ha parecido uno de estos misterios más fácil de explicar que el otro. Por lo que a mí toca, ora sea pasivo, ora activo, me parece absolutamente incomprendible el medio de unión de ambas substancias. Es muy extraño que aleguen esta misma imposibilidad para confundir las dos substancias, como si operaciones de tan diferente naturaleza se explicaran mejor con un solo sujeto que con dos.

»Obscuro es el dogma que acabo de establecer, es cierto, pero al fin presenta un significado y nada tiene que repugne a la razón ni a la observación: ¿podemos decir otro tanto del materialismo? ¿No es claro que si el movimiento fuese de esencia de la materia, sería inseparable de ésta, que siempre estaría en el mismo grado, que sería el mismo siempre en cada porción de materia, que sería incomunicable, que no

podría aumentar ni disminuir y que ni siquiera pudiéramos concebir la materia en quietud? Cuando me dicen que el movimiento es necesario en ella, pero no esencial, quieren alucinarme con palabras que serían más fáciles de refutar si significasen algo más: porque si viene el movimiento a la materia de sí misma, entonces es esencial de ella; si le viene de una causa extraña, sólo es necesario en la materia en cuanto obra en ella la causa motriz, y entonces volvemos a la primera dificultad.

»Las ideas generales y abstractas, son el manantial de los más crasos errores de los hombres; los nombres revesados de la metafísica nunca hicieron descubrir ni siquiera una verdad, y han llenado la filosofía de disparates que causan rubor en cuanto se les quitan esas palabras retumbantes con que vienen disfrazados. Decidme, amigo mío, si cuando os hablan de una fuerza ciega esparcida en toda la Naturaleza, ofrecen alguna idea a vuestro espíritu. Creen que con los vocablos vagos de fuerza universal, de movimiento necesario, dicen algo, y no han dicho nada. La idea de movimiento no es otra cosa que la de mudanza de un lugar a otro: no hay movimiento sin una dirección; porque no puede un sér individual moverse a la par en todos sentidos. ¿Pues en qué sentido se mueve necesariamente la materia? ¿Tiene toda la materia en globo un movimiento uniforme, o tiene cada átomo el suyo propio? Según la primer idea, debe todo el Universo formar una masa indivisible y sólida; según la última, sólo formará un flúido incoherente y desparramado, sin ser dable que nunca se reúnan dos átomos. ¿En qué dirección se efectuará este movimiento común de toda la materia? ¿Será en línea recta o circular, hacia arriba o hacia abajo, a la derecha o a la izquierda? Si tiene cada molécula de materia su pe-

culiar dirección, ¿cuáles serán las causas de todas esas direcciones y diferencias? Si no hiciese cada molécula de materia más que girar sobre su propio centro, nunca saldría nada de su lugar ni habría movimiento comunicado, y aun sería preciso que este movimiento circular fuese determinado en algún sentido. Atribuir a la materia el movimiento por abstracción, es decir una cosa que nada significa, y darle movimiento determinado es suponer una causa que le determine. Cuanto más multiplique las fuerzas particulares, más causas nuevas tendré que explicar, sin hallar nunca agente ninguno común que las dirija. Lejos de poder imaginar orden ninguno en el concurso fortuito de los elementos, ni siquiera puedo imaginar su discordia, y más incomprendible es para mí el caos del Universo que su armonía. Bien entiendo que pueda no ser inteligible para el espíritu humano el mecanismo del mundo; pero así que un hombre se mete a explicarle debe decir cosas que entiendan los hombres.

»Si la materia movida me demuestra una voluntad, — la materia movida, según ciertas leyes, me demuestra una inteligencia: es mi segundo artículo de fe. Obrar, comparar, escoger, son las operaciones de un sér activo y pensador: luego existe este sér. ¿Dónde veis su existencia? vais a decirme. No sólo en los cielos que giran, en el astro que nos alumbrá; no sólo en mí mismo, sino en la oveja que paca, en el pájaro que vuela, en la piedra que cae, en la hoja que se lleva el viento.

»Juzgo del orden del mundo, aunque ignore para qué fin fue hecho, porque para juzgar de este orden me basta comparar entre sí las partes, estudiar su concurso, sus relaciones y notar su consonancia. No sé por qué existe el Universo; pero no dejo de ver

cómo está ordenado ni tampoco dejo de conocer la interna correspondencia por la cual se dan mutuo auxilio los seres que le componen. Soy semejante a un hombre que por vez primera viese abierto un reloj de bolsillo, que no dejaría de admirarle el trabajo, aunque no supiese el uso de la máquina ni viese el horario. No sé, diría, para qué sirve todo esto; pero veo que cada pieza está hecha para las demás: me maravilla el artífice en lo circunstanciado de su trabajo, y estoy cierto de que todas estas ruedas, que así andan acordes, concurren a un fin común que no puedo determinar.

»Comparemos los fines particulares, los medios, las relaciones coordinadas de todo género; luego escuchemos el sentimiento interno. ¿Qué entendimiento sano se puede negar a su testimonio? ¿A qué ojos no preocupados no les anuncia una inteligencia suprema el orden sensible del Universo? ¿Cuántos sofismas hay que hacinar para desconocer la armonía de los seres y el concurso admirable de cada pieza para la conservación de las demás! Háblenme cuanto quieran de combinaciones y acasos. ¿Qué sirve que me reduzcan al silencio si no logran persuadirme? ¿Y cómo me han de quitar el sentimiento involuntario que los desmiente a mi despecho? Si se combinaron de mil maneras los cuerpos organizados antes de tomar formas constantes; si se formaron primero estómagos sin bocas, pies sin cabezas, manos sin brazos, órganos imperfectos de todo género que han perecido por no haberse podido conservar, ¿por qué no se ofrece ya a nuestra vista ninguna de estas pruebas informes? ¿Por qué se ha prescrito al fin la Naturaleza leyes a que al principio no se había sujetado? No debo extrañar que suceda una cosa cuando es posible y cuando la dificultad del suceso la compensa la cantidad de suertes; así lo con-

fieso. Si viniesen, no obstante, a decirme que unos caracteres de imprenta, tirados a la ventura, habían dado la *Eneida* toda entera, no me dignaría dar un paso para demostrar que era mentira. Os olvidáis, me dirán, de la cantidad de suertes. Empero, ¿cuántas de estas suertes es menester que suponga para hacer verosímil la combinación? Por mí, que una sola veo, tengo lo infinito que apostar contra uno, a que no es su producción efecto del acaso. Añádase que suertes y combinaciones nunca darán otra cosa que productos de la misma naturaleza que los elementos que se combinan, que nunca la organización y la vida resultarán de un choque de átomos, y que un químico que combine mixtos no hará que en su crisol sientan y piensen (6).

»Admirado y casi escandalizado he leído a Nieuwenhuyt (7). ¿Cómo pudo probar este hombre a componer un libro de las maravillas de la Naturaleza, que mani-

(6) ¿Quién pudiera creerlo, si nouviésemos la prueba de ello, que hasta este punto llega la extravagancia humana? Amato Lusitano afirmaba que había visto metido en un vaso un hombrecillo de una pulgada de alto, que, cual otro Prometeo, había hecho Julio Camilo por la ciencia alquímica. Paracelso, *de natura rerum*, enseña el modo de producir estos hombrecillos, y sostiene que los pigmeos, los faunos, los sátiros y las ninfas fueron engendrados por la química. Efectivamente, para sentar la posibilidad de estos hechos, no veo quede más que afirmar que la materia orgánica resiste al ardor del fuego, y que sus moléculas se pueden conservar con vida dentro de un horno de reverbero.

(7) Bernardo Van Nieuwenhuyt, médico y filósofo holandés (1654-1718), fue autor de *El verdadero uso de la contemplación del Universo, para convencer a los ateos y a los incrédulos*. Chateaubriand, en *El genio del Cristianismo*, rehabilitó su memoria, malparada por Rousseau.—R. U.